

# ¿Nos estamos descristianizando?

Ayer se habló hasta la saciedad de la apostasía de las masas. Pero, ¿apostasía de qué? Las masas proletarias del mundo industrial se levantaron al margen de la Iglesia. El mundo obrero fue un mundo sin bautizar.

Hoy se habla hasta la obsesión de **descristianización**. También entre nosotros.

¿Existe un fenómeno actual de descristianización en el mundo? ¿Venezuela está al margen de él, o es uno de los países afectados? ¿Ofrece la descristianización características particulares en nuestro país?

No sabemos si es por hastío de sus propios problemas, por incapacidad para resolverlos o por fines más elevados de caridad y universalismo cristiano abundan los observadores que, desde fuera, nos gritan su alarma ante la inminente catástrofe de nuestro catolicismo y observan aterrados la peligrosa inclinación de la muralla de nuestra fe cristiana. Pero, ¿desde cuándo no se está derrumbando, de un momento a otro, la torre de Pisa?

Este fenómeno de la descristianización significa que un grupo social, una región, un país han abandonado el cristianismo, o por descuido y abandono, o por la acción destructora de fuerzas enemigas.

La descristianización puede ser un hecho ya consumado, o un proceso más o menos rápido que desemboca en él.

Ahora bien, descristianización supone previa cristianización, la aceptación de las enseñanzas de Cristo y de su Iglesia con una vida moral conforme a ellas. Implica una fe personal que supone una predicación eficaz del Evangelio.

## ¿Descristianización, o no cristianización?

Sin dificultad podemos aplicar a nuestro pueblo venezolano las frases que Pablo VI en su discurso al CELAM refiere al latinoamericano en general:

"El pueblo es bueno y profundamente religioso por naturaleza; recibe con prontitud y magníficas disposiciones de ánimo el mensaje evangélico; está bautizado en la Iglesia católica, en ella quiere vivir y se siente orgulloso de pertenecer a ella". (SIC, marzo 1966).

Hay, sin embargo, "un estado de debilidad orgánica" en nuestro cristianismo, que nos lleva a ciertos planteamientos que a muchos pudieran parecer exageradamente severos.

¿Hasta dónde podemos decir que existe ese *mínimum* de substrato cristiano en nuestras masas que pueda justificar el que las denominemos católicas?

¿Dónde está la línea divisoria entre superstición y cristianismo, entre santería, magia y verdadera religión? ¿Qué puesto ocupa Cristo en el retablo de santos, personajes míticos y "espíritus" que llenan mentes y habitaciones de nuestras gentes? ¿Podríamos deslindar lo auténticamente cristiano de lo sociológico y folklórico?

Pablo VI hace una serie de estremecedoras preguntas a los obispos latinoamericanos, urgiéndoles a una sincera revisión:

"¿Cuál es, en efecto, la solidez, la capacidad de resistencia de la vida católica? ¿En qué estratos sociales se concretiza? ¿Cuál es su nivel cultural? ¿Qué estadística hay sobre la observancia religiosa, sobre la moralidad familiar y las vocaciones eclesiásticas?... (SIC, marzo 1966).

¿Cómo saldría nuestro catolicismo del crisol de tal verificación?

Las pocas y malas estadísticas que tenemos al efecto, y la diaria realidad que encaramos, nos darían pie no al desaliento, pero sí a un planteamiento serio de nuestra realidad religiosa, presupuesto necesario para lo que Pablo VI llama en el documento citado "una revitalización y reanimación de la vida católica para hacerla más sustanciosa en los principios doctrinales y más sólida en la práctica".

El proceso de descristianización, dicen los sociólogos, consiste en el

paso por degradación de la devoción a la mera práctica, después a cierto conformismo social y en fin a la ruptura total.

¿En qué estadio de estos está la mayoría de nuestras gentes?

Gabriel Le Bras, el patriarca de la sociología religiosa francesa, se pregunta hasta dónde pueden llamarse cristianas o cristianizadas ciertas regiones de su país y busca el origen de lo que él llama "el mito de la Francia cristiana".

Con mayor razón nosotros nos debemos preguntar: ¿ha habido una verdadera evangelización de nuestro pueblo?

Abundan en nuestro medio los signos cristianos, pero de escaso contenido, y estamos presenciando ya su desaparición, o su sustitución por otros signos de tipo mítico o materialista. Pastoralmente sería catastrófico el consagrarnos al cultivo de estos fantasmas inútiles, en vez de estudiar seriamente los métodos de una evangelización a fondo de nuestro pueblo. ¿Hasta cuándo, so capa de preservar el pedacito de rescoldo entre las cenizas, podemos seguir tolerando la superstición, o amparando unas formas de devocionismo que no se compaginan con el Evangelio?

Ciertamente que es peligroso destruir sin sustituir. Pero ya es hora de abocarnos a una auténtica labor de evangelización.

Sabemos que nuestros obispos están encarando este grave problema, que acucia obsesivamente a nuestros sacerdotes y a la parte más consciente de nuestro laicado.

## Signos positivos

No todo tiempo pasado fue mejor. Desde principios de siglo Europa es testigo del nacimiento de un hecho paradójicamente contrapuesto al de la descristianización: una intensa cristianización. Providencialmente este fenómeno también se está verificando en América Latina, y Venezuela no es excepción. Este venturoso acontecimiento tiene en nuestro país poco más de 25 años.

Si ciertos signos externos de un catolicismo conformista se han desvalorizado, ha habido, en cambio, una mayor profundización y "conscientización" cristiana en grandes sectores de nuestro país.

K. Rahner habla en "Misión y Gracia" de la feminización del catolicismo moderno. ¿Haría falta subrayar esta característica en nuestro catolicismo de ayer?

Hoy son precisamente los hombres la materia prima y noble de esta cristianización.

Ya no son nuestras iglesias sólo de las mujeres. Y hay hombres, y no son pocos, que comulgan, que participan activa y conscientemente en las asambleas litúrgicas, que viven y confiesan, sin respetos humanos, su fe, en la variada gama de las estructuras modernas.

Una minoría, siempre los cristianos de verdad han sido minoría, pero que se deja sentir, que es respetada, que tiene su palabra que decir al mundo de hoy. Cristianos en la política, en la Universidad, en las profesiones liberales, en la prensa, en el mundo sindical, magisterial... Los colegios y escuelas católicas, los movimientos apostólicos juveniles, los Cursillos de Cristiandad, el Movimiento Familiar Cristiano, etc., etc., son elementos activos de esta "cristianización".

La Asamblea de FAPREC (Federación de Padres y Representantes de Escuelas Católicas) celebrada recientemente en Valencia fue una muestra espléndida de ese catolicismo adulto y consciente.

Capítulo aparte merecerían los espléndidos grupos juveniles que surgen por todos los puntos de nuestro extenso mapa nacional. Zonas, antes desiertos espirituales, comienzan a florecer en virtud del trabajo esforzado de equipos sacerdotales. Una nueva mentalidad pastoral y misionera está rejuveneciendo a nuestro clero. Y el Post-Concilio ha entrado en su fase fecunda de realizaciones tangibles.

¿Nos estamos, pues, descristianizando? No. Nos estamos cristianizando. Y la tarea se facilita, a pesar de las tremendas limitaciones de nuestro catolicismo, porque, aunque nuestro pueblo necesita una urgente y rápida evangelización, es sumamente receptivo al mensaje de un auténtico cristianismo y no tenemos que empezar de **cero**, o **menos cero**.

J. M. G.